

CAPITULO IX.

Un soldado que habla como un libro.

HABLÓ Matías Sampayo, con las pocas gentes que había en el meson, del viajero que había conducido á Córdoba desde la Rábida, y les contó tantas maravillas de su sabiduría, que todos aguardaron con impaciencia que bajase á cenar.

Desde el primer momento comprendió Colon que había excitado gran curiosidad su persona entre aquellas sencillas gentes.

Propicia era la ocasión para él de conocer la opinión del vulgo acerca de las cosas que pasaban por entonces en España, y le agradó, en extremo verse tan bien recibido por los huéspedes de maese Repulgo.

Así es que los trató con afabilidad, haciéndoles preguntas, á las que contestaron cada cual en su tono y con arreglo á sus creencias, bastando sus respuestas para satisfacer el deseo que motivaba las preguntas.

—Por lo que hemos oído decir, exclamó uno de los circunstantes, dirigiéndose al recién llegado, ¿vuesa merced viene á pretender á la corte?

—Así parece.

—¿Algun oficio en la real casa sin duda?

—¡Oh! No por cierto, soy marino.

—¿Lo que quiere decir que vuesa merced entiende mucho de las cosas de mar?

—Pues es claro, vaya una pregunta, contestó otro de los circunstantes.

—¿Y se ha embarcado vuesa merced?

—Algunas veces.

—¡Vamos, si parece cosa de encantamiento eso de andar por medio del agua en un pedazo de madera!

—No se me olvidará nunca, dijo otro de los circunstantes, lo que una vez vieron mis ojos desde la playa de una de las ciudades de Cataluña. Salieron delante de mí unas galeras, y aun no había pasado una hora, cuando se armó tan rúcio vendaval, que algunas de ellas perecieron, y las que salieron mejor libradas volvieron impulsadas por el viento á estrellarse contra la costa. Al día siguiente salieron á flor de agua los cadáveres de los marinos que las tripulaban.

—¡Percances de la vida! dijo Colon.

—¿Y vuesa merced nunca se ha visto en semejante peligro?

—Nunca, á Dios gracias.

—¡Ya! Y por eso, sin duda, venís á pedir á los reyes que os den algun empleo en sus galeras.

Colon comprendió desde luego que no le entenderian aquellas gentes, y variando de conversacion:

—¿Qué se miente por Córdoba? les dijo.

—Aquí, señor Colon, dijo uno de ellos, que hasta entonces no había hablado, y que tenia aspecto de hombre aguerrido, no pensamos más que en degollar moros. Los reyes, mis señores, se han propuesto expurgar toda esta tierra de esos mahometanos, y todo lo que no sea enviar al infierno una docena de mahometanos al día, no es cumplir con lo que manda la patria y la religion.

—¿Y en Castilla?

—Castilla está ya apaciguada. Los nobles hace poco quisieron coaligarse y formar una especie de consejo para contrarrestar en casos dados la voluntad del rey. Pero ya sabeis cómo las gasta nuestro soberano; para él no hay más poder ni más partido que la justicia y la razon. Poco le importa que los nobles se presenten delante de numerosos ginetes y peones, con todos arremete; y si es valiente ó no, juro por mi fe de Martin Carrasco, que yo le he visto muy de cerca en la hora del combate, y puedo asegurar á vuesa merced, que si ciñe la corona y el manto real, no le está mal tampoco el acerado casco y la cota de malla. Y aunque parece endeble, tiene tal fuerza en su robusto brazo, que yo le he visto de un solo mandoble tajar á un enemigo que parecia un gigante.

—Por lo que veo, dijo Colon, ¿jamais mucho al monarca?

—Es natural; soy aragonés, le he visto niño, he luchado á sus órdenes muchas veces, y como soy soldado y me entusiasman los valientes, no he podido ménos de seguirle á todas partes y de estar dispuesto á derramar por él y por su esposa, que es una santa, hasta la última gota de mi sangre.

—Si todos los servidores del rey son como vos, señor Martin Carrasco, bien pueden darse la enhorabuena los reyes de Castilla y Aragon.

—El rey hace al vasallo, señor Colon, dijo el soldado. ¿Quién hay, por cobarde que sea, que al ver en la hora del combate á su capitan ó á su rey avanzar hácia el enemigo, luchar con él brazo á brazo y triunfar, quién es el que se queda atrás y no procura imitar el ejemplo?

¿Y si hubierais visto, añadió Martin Carrasco entusiasmándose, si hubierais visto á mi rey y señor don Fernando hace muy pocos meses en el combate de la Lopera ó en las batallas de la Ajarquía y de Lucena?

—¿Vos habeis asistido?

—Allí gané esta herida, que aún mana sangre, dijo Martin Carrasco, levantando un mechón de pelo que caia sobre su frente, ocultando una cicatriz enorme.

—Contad, contad lo que pasó.

—¡Oh! No me lo digais muchas veces, porque es mi gloria recordar esas batallas.

Todos se aprestaron á oirle.

—El marqués de Cádiz, continuó Martin Carrasco, hizo una entrada en Ronda, la saqueó y se volvió con su presa. Los mahometanos vengaron esta ofensa, apoderándose por sorpresa de Zahara, dejando en ella la guarnicion precisa para defenderla. Poco despues volvió el bizarro marqués, los desalojó de Alhama, sosteniendo en las calles de aquella rica y populosa ciudad un combate formidable.

¡Ah! ¡Cuánto hubiera dado por encontrarme allí!

Nuestros hermanos, mis compañeros, pasaron á cuchillo más de ochocientos moros.

Yo estaba con mi rey y señor don Fernando en Medina del Campo, y apenas supo que el rey Abul-Hacen se preparaba á recobrar la conquista del marqués de Cádiz, imitando al rey santo, tercero de su nombre, montó á caballo con unos pocos, yo iba entre ellos, y se vino á Andalucía con todas las tropas disponibles.

—¿No fué por entónces cuando el alcalde moro de Ronda se presentó delante de Arcos, donde estaba la marquesa de Cádiz, con ánimo de vengar en ella las sangrientas derrotas que á los suyos habia hecho sufrir el marqués?

—Y tanto como fué; pero el duque de Medina Sidonia voló con su gente en socorro de la esposa y del solar de su antiguo amigo y competidor, y obligó á los moros de Ronda á retirarse.

Colon oia con gusto aquellas narraciones, en las que los

pecheros y los soldados que estaban reunidos en torno de la mesa, donde se hallaban los manjares de la cena, presentaban á sus ojos la situacion de la nacion á cuyas puertas iba á llamar para pedir auxilio, y le daban una idea del espíritu belicoso, del noble arranque, del generoso entusiasmo, que tanto en favor de los reyes como de las ideas que patrocinaban y estaban resueltos á realizar, sentian aquellas gentes, á quienes deseaba poder un dia llamar sus compatriotas.

Como hace al caso que tambien nuestros lectores conozcan la verdadera situacion de la gran monarquía que iba á aumentar el esplendor de su corona con un rico floron, vamos á seguir reproduciendo el diálogo animado de aquellas gentes, diálogo que nuestro héroe escuchaba con la mayor atencion.

—El rey de Granada, prosiguió Martin Carrasco, estrechó el sitio de Alhama; pero de las ciudades de Sevilla, Córdoba y Jerez acudieron los cristianos á socorrer la plaza, y los moros huyeron, dejándola abandonada.

—¡Fué una conquista de gran precio!

—¡Que si lo fué! Los granadinos, indignados de la pérdida de aquella ciudad importante y de la persecucion que el rey moro hacia á los abencerrajes, le arrojaron del trono y eligieron á Boabdil, que es el rey que hoy gobierna.

La guerra civil estalló entre los moros, y entónces fué cuando los reyes se animaron á emprender la conquista de Granada.

Cerca de Loja, llevando á la cabeza al rey Fernando, hubo un combate sangriento y sostenido, en el que el mismo rey tuvo que dar al frente de la caballería una carga á los moros.

Yo tomé parte en ella.

La matanza que hubo fué espantosa.

El maestre de Calatrava murió en la accion, y quedaron heridos el conde de Haro, el duque de Medina Sidonia, el

conde de Tendilla; y acaso hubiera muerto el mismo rey, si no le hubiera separado del peligro el marqués de Cádiz.

A esta accion siguió la de Lucena.

Boabdil, que aunque enemistado con su padre, hacia de acuerdo con él la guerra á los cristianos, soñó recuperar el reino de Córdoba, y llegó con sus tropas á Lucena.

En esta accion se debió el triunfo á la Providencia.

Nuestro caudillo era el conde de Cabra.

Los moros que quedaban en la ciudad levantaron el sitio y fingieron una retirada para que saliésemos en su busca, y en campo abierto hacernos trizas. Pero de pronto se extendió por el campo una niebla densa, y esto, y el sonido de una trompeta italiana, hizo creer al enemigo, que no solo tenia contra sí las tropas cristianas, sino las de otras naciones, y poniéndose en fuga, dejaron abandonado á su rey, el cual, aunque se escondió entre unos zarzales, fué visto por dos soldados cristianos, que le acometieron con las picas, obligándole á rendirse.

Desde allí le llevaron á Porcuna, en cuya fortaleza le encerraron.

—¡Pero luego le puso en libertad el rey nuestro señor!

—Sí, porque es generoso. Aún no hace medio año que, llamándole á Córdoba, hizo paces con él bajo la condicion de vasallaje; y aun hizo más: le entregó á los caballeros granadinos de su partido que vinieron á recibirle, sin pensar que más tarde, miéntras él era bueno con el hijo, su padre Abul-Hacen vendria á amenazarle de nuevo en la sierra de la Lopera.

De allí vengo yo ahora; puedo aseguraros que nos hemos hartado de moros; pero es preciso alejarlos para siempre de sus madrigueras, que esto lo manda Dios, y esto lo quiere el rey.

—Dejadme, añadió Martín Carrasco, levantando el jarro donde bebía, dejadme brindar por la salud del rey nuestro señor y de la reina, y porque nos lleve cuanto antes á degollar á esos perros traidores y malsines.

—¡Por el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna!

Era ya tarde, y todos se levantaron para buscar el reposo en el sueño.

Colon, acercándose á Martín Carrasco:

—Decid, señor Martín, ¿creeis que el rey proyecta salir en breve á pelear?

—O mucho me equivoco, ó estaremos ociosos pocos dias.

Este era un contratiempo para el hombre de ciencia.

Sin embargo, no desanimó.

Los comensales se levantaron de la mesa despues de brindar por el buen éxito de las pretensiones del nuevo huésped.

Matías Sampayo se despidió de él, anunciándole que al día siguiente muy temprano se volveria á la Rábida.

Colon le prometió de nuevo no olvidarle, y estrechó su mano.

Esta sencilla manifestacion de aprecio entusiasmó al pobre aldeano.

—Despues de haber conocido á vuesa merced, le dijo, me consideraria el hombre más feliz del mundo si encontrase á mi Inés.

El entusiasmo no mitigaba la pena del pobre padre.

Y sin embargo, estaba tan cerca de encontrar á su hija, tan cerca.

Al día siguiente, al abandonar Colon el lecho, encontró en el hogar de la posada al aldeano.

—¿Qué es eso? ¿Cómo estais aún aquí?

El infeliz quiso hablar, pero no pudo.

La emocion le ahogaba.

Sus ojos se inundaron de lágrimas, y cayendo en los brazos de Colon:

—¡Soy muy feliz y muy desgraciado! le dijo.

Mis lectores van á saber por qué.